

fuera permitido apelar á algun juez sóbrio, y que no estuviese preocupado como ellos y poseido del error.

Y no obstante eso, yo, Dios mio, en cuya presencia hago memoria de estas cosas con seguridad, las aprendí gustoso, y pobre de mí, me deleitaba en ellas; y por eso se decia de mí, que era un muchacho de grandes esperanzas.

NOTAS.

¹ Prosigue quejándose de la costumbre de enseñar á la juventud por aquellos autores profanos y peligrosos; explicando la fuerza de la costumbre en la metáfora de un rio, que con su impetuosa corriente lo arrastra todo: pues tambien todos los hombres se dejan llevar de la costumbre, sin poder resistir el ímpetu y fuerza de su corriente.

² Continúa la metáfora de un rio, que hace ruido con las piedras que conmueve dándose unas contra otras; y así tambien los hombres que se llevan de la costumbre de enseñar y leer aquellos poetas, dan voces y claman diciendo, que allí se aprende á hablar bien, etc.

CAPÍTULO XVII.

Continúa reprendiendo el modo acostumbrado de ejercitar á los jóvenes en el estudio.

27. Permitidme, Dios mio, que diga tambien algo del ingenio que Vos me dísteis, y de los desatinos en que le ejercitaba.

Se me daba un asunto, sobre el cual habia de componer: y esto causaba bastante desasosiego é inquietud en mi alma, ya por ganar el premio de alabanza, ya por el deshonor á que me exponia, y ya por el miedo de los azotes con que me amenazaban. Se me proponia, pues, por asunto, que dijera yo las palabras que diria Juno airada y muy sentida, porque no podia impedir que abor-dase á Italia el rey de los troyanos; cuyas palabras nunca habia oido que Juno las dijese; pero nos obligaban á que, siguiendo las huellas de las ficciones poéticas, dijésemos en prosa algo que fuese semejante á lo que el poeta hubiera dicho en verso. Y aquel era mas alabado, que con mas propiedad habia sabido contrahacer y remedar los afectos

de ira y sentimiento correspondientes á la dignidad de la persona de Juno que él representaba, y que habia usado de palabras mas propias y expresivas, para adornar y vestir con majestad oportuna las sentencias.

Pero, ¡oh Dios mio y verdadera vida mia! ¿de qué me servia, qué cuando llegaba yo á decir lo que me tocaba, recibia mas alabanzas y aplausos que los otros mis coetáneos y condiscípulos? ¿era mas que humo y aire todo aquello? ¿por ventura no habia otra cosa mejor en que se ejercitasen mi ingenio y mi lengua? Vuestras alabanzas, Señor, vuestras alabanzas, de que están llenas vuestras santas Escrituras, hubieran suspendido y fijado la inestabilidad de mi corazon, para que no fuese agitado y arrebatado por el aire de aquellas vanidades, para venir á ser ignominiosamente la presa de los inmundos espíritus y potestades aéreas; pues no es uno solo el modo con que se sacrifica á los ángeles apóstatas.

CAPÍTULO XVIII.

Que los hombres ponen cuidado en guardar las leyes y preceptos de los gramáticos, y no le ponen en observar los mandamientos de Dios.

28. Pero ¿qué hay que admirar, que me dejase llevar tanto de las vanidades y anduviese tan apartado de Vos, Dios mio, en un tiempo en que se me proponian para mis modelos unos hombres que se llenaban de confusion y vergüenza, si les enmendaban algun solecismo ó barbarismo que hubiesen cometido al tiempo de referir algunas acciones propias suyas, que no eran defectuosas; y por el contrario, se gloriaban de verse aplaudidos, cuando referian sus deshonestidades y torpezas con voces propias, expresivas, y con retórico adorno y elegancia?

Vos, Señor, veis estos desórdenes y callais como paciente, misericordioso y fiel en vuestras promesas; mas ¿por ventura habeis de callar siempre? Tambien ahora os dignais sacar de este profundo abismo á un alma que os busca sedienta de vuestros deleites, y os

dice de corazon : *Yo he buscado, Señor, y siempre he de buscar la luz de vuestro rostro ;* pues muy léjos están de ver, los que siguen la ciega oscuridad de sus pasiones.

Porque el apartarse de Vos, ó el volver á Vos, no se hace con pasos del cuerpo, ni consiste en distancia de lugares. ¿Acaso aquel vuestro hijo menor, de quien habla el Evangelio, tomó algun caballo, coche ó nave, ó voló con alas materiales y visibles, ó echó á andar y se valió de sus piés para apartarse de Vos y llegar á aquella region remota y extraña, donde viviendo pródigamente desperdió y malgastó cuanto le disteis al tiempo de su partida? Dulce y amoroso padre fuísteis, cuando le disteis todos aquellos bienes ; pero mas dulce, benigno y amoroso, cuando volvió á Vos tan pobre y necesitado. Con qué el estar un hombre apartado de la luz de vuestro rostro, es estar sumergido en las espesas tinieblas de sus vicios.

29. Mirad, Dios y Señor mio, y miradlo con la paciencia que acostumbrais, como observan los hijos de los hombres con mucho cuidado las reglas que han dejado establecidas los maestros antiguos para el uso y pro-

nunciacion de las letras y de las sílabas ; haciendo tan poco aprecio de las eternas leyes que Vos les habeis dado en orden á su salvacion. De suerte que si alguno de los que hacen profesion de saber, ó enseñar aquellas reglas en que convinieron los antiguos maestros, pronunciase ó escribiese sin aspiracion la primera sílaba de esta palabra *ombre*, desagradaria á los hombres mucho mas, que si contra vuestras leyes aborreciese á un semejante suyo. Como si á un hombre pudiera otro enemigo hacerle mayor daño que él se hace á sí mismo con aquel odio con que se irrita contra su prójimo ; ó como si un hombre persiguiendo á otro pudiera hacer en él mayor estrago que el que causa en su propio corazon. Y á fe que no es tan íntima á su alma la ciencia de las letras, como es la conciencia propia suya, donde está escrito que en este odio y aborrecimiento *ejecuta el con otro, lo que no quisiera que ejecutaran con él mismo.*

¡Qué ocultos son vuestros juicios, Dios mio! Solo Vos sois grande, y habitais en lo alto de los cielos silenciosamente, y por inmutables decretos de vuestra justicia espar-

cis por el mundo las ceguedades, que sirven de castigo y pena á los deseos desordenados de los hombres.

¡Qué mayor ceguedad que la de un hombre, que deseoso de adquirir fama de elocuente, acusa á otro hombre enemigo suyo, y persiguiéndole con odio cruelísimo, alega contra él en presencia de un juez, que es hombre tambien como ellos, y á vista de un concurso numeroso de hombres! Este, pues, tiene grandísimo cuidado de que por ignorancia de la lengua no se le escape algun solecismo, como si en latin dijera *inter hominibus*, y en castellano *entre de los hombres*; y no se le da cuidado, ni se guarda de aquel odio, con que tira á quitar aquel hombre de entre los hombres.

CAPÍTULO XIX.

Que algunos vicios de la puericia pasan tambien á las otras edades del hombre.

30. Á la entrada de semejantes costumbres yacia yo infeliz cuando muchacho, y en tal palestra y doctrina comenzaba á ejerci-

tarme; temiendo mas cometer un barbarismo, que tener envidia á otros que no le cometian.

Yo os confieso, Dios mio, todas estas cosas que me las alababan aquellos á quienes yo deseaba agradar: y en esto juzgaba entonces que consistia la rectitud y honestidad de mi vida; porque no veia el abismo de fealdad en que estaba sumergido, y lo apartado que estaba de Vos. Pues aun entre aquellas gentes, ¿qué cosa habia mas fea y corrompida que yo, que aun siendo ellos tales les desagradaba, engañando con innumerables mentiras á mi ayo, á mis maestros y á mis padres, por amor al juego, y por la aficion á ver vanos espectáculos y á imitar con inquietud bulliciosa los juegos y habilidades que en ellos se ejecutaban?

Tambien hurtaba lo que podia de la despensa de casa y de la mesa de mis padres, ya por golosina, ya por tener que dar á otros muchachos que me vendian el gusto de jugar conmigo, no obstante que se divertian tanto como yo en el juego. En él comunmente hacia trampas para quedar victorioso; siendo yo verdaderamente el vencido de aquel

vano deseo de sobresalir y de quedar superior. Y no había cosa que menos pudiese sufrir, que el que me hiciesen las mismas trampas que les hacia á ellos ; ni había cosa que mas severamente reprendiese en los otros, cuando los cogia en alguna de ellas ; y cuando á mí me cogian y reprendian , mas queria enfadarme con todos y reñir , que ceder y darles la razon.

¿Es acaso esta la que se puede llamar inocencia pueril? No lo es, Señor, no lo es, Dios mio ; porque estas mismas propiedades ejecutadas con los áyos y maestros , con las nueces, bolitas y pajarillos ¹, pasan despues á ejecutarse con los gobernadores y reyes, con el oro, posesiones y esclavos : estos mismos procederes pasan ciertamente á las otras edades mayores, que suceden y se siguen á la puericia, como á las palmetas de los muchachos suceden otros mayores castigos.

Con que , mi Dios y mi Rey, cuando Vos dijisteis que *el reino de los cielos es de aquellos que eran tales como los párvulos* ; no tanto fue aprobar en ellos la inocencia, quanto la humildad que simbolizan por su pequeña estatura.

NOTA.

¹ De aquí puede colegirse el perjudicial engaño que padecen los que juzgan que son cosas leves, de poca consideracion y consecuencia las mentiras, los engaños, los hurtos, y otros delitos que suelen hacer los muchachos ; pues como dice san Agustín, estos mismos vicios crecen tambien con ellos, y los practican en materias mas importantes y dañosas, cuando son mayores.

CAPÍTULO XX.

Da gracias á Dios san Agustin por los beneficios que le hizo en la puericia.

31. No obstante, Dios mio y mi Señor, sumamente bueno y excelentísimo Criador y gobernador del universo, bien conozco que os deberia dar infinitas gracias, aun cuando no me hubiérais concedido que llegase á la edad de la juventud. Porque aun entonces tenia ser, vivia, sentia y cuidaba tambien de mi conservacion (lo cual es como un rastro é indicio de aquella ocultísima é imperceptible unidad, que compone todas las cosas,

y de donde tambien yo procedia): guardaba con el sentido interior de mi alma la integridad de mis sentidos externos, y me deleitaba con la verdad que hallaba y descubria aun en las cosas pequeñas, y con los pensamientos que yo podia formar de tales cosas.

Además de esto, aun en aquella edad de mi puericia no queria ser engañado; tenia una memoria feliz; con el trato y comunicacion me iba instruyendo; me era deliciosa la amistad; huia del dolor y pena, del menosprecio y de la ignorancia. En una criatura como esta ¿qué cosa hay que no sea admirable y digna de alabanza?

32. Pues todas estas cosas son dádivas de mi Dios; porque yo no me las dí á mí mismo; y todas ellas son buenas, y yo consto y me compongo de todas ellas. Luego es bueno mi Hacedor, y él es todo mi bien, y le bendigo y alabo alegremente por todas aquellas bondades de que constaba yo aun cuando muchacho. En lo que entonces pecaba yo, era porque en lugar de buscar en él los deleites, las honras, las verdades y aun á mí mismo tambien, buscaba todo esto en

sus criaturas, y por eso venia á caer en sentimientos, en confusiones y en errores.

Bendito seais, Dios mio, dulzura mia, honra mia y mi única confianza. Gracias os doy, Señor, por todos vuestros dones; pero guardádmelos y conservádmelos Vos, y de este modo me guardaréis á mí, se aumentarán y perfeccionarán los bienes que me disteis, y lograré estar con Vos, que me disteis el ser.